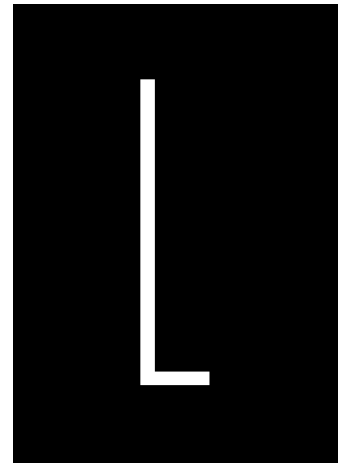




DAVID FOSTER WALLACE, EL ENIGMA INFINITO Texto de Antonio Lozano. Ilustración de The Art Warriors



La historia oficial de David Foster Wallace (DFW a partir de ahora) era la de un genio dotado de una capacidad retórica a años luz de la de sus coetáneos, lo que le convertía en objeto de culto, especialmente entre los jóvenes, por poseer un cerebro privilegiado que se manifestaba en una prosa endiablidamente retorcida y perspicaz. La historia secreta de DFW era la de un depresivo crónico desde sus años universitarios, necesitado de medicación para continuar con vida, al que le preocupaba enormemente caer en la autoindulgencia derivada de practicar un estilo vanguardista que, enfrentado al peligro de virar hacia el exhibicionismo y la pose, condujera a que el lector perdiera de vista sus principales objetivos como escritor: "La ficción trata de lo que supone ser un jodido ser humano (...) y debería ayudarnos a sentirnos menos solos con nosotros mismos". Desde el instante en que su esposa Karen Green se lo encontró ahorcado en el patio de la casa que ambos compartían en Claremont (California), a las 9.30 de la mañana del viernes 12 de septiembre de 2008, la historia secreta de DFW comenzó a solaparse a la historia oficial. Si con cualquier individuo un suicidio completamente inesperado desencadena un sinfín de interrogantes que avanzan en forma de dramático ejercicio de reinterpretación, el de una figura pública tan admirada introduce una variable añadida como es la distorsión entre la percepción de sí mismo y de su obra que existía entre DFW y sus seguidores. La coincidencia en librerías de un conjunto de títulos en torno a él permite rasgar, desde diversos ángulos, la superficie del enigma que dejó tras de sí con su decisión de quitarse la vida.

EL BIÓGRAFO

Apenas cinco meses después del fallecimiento de DFW, uno de los redactores de *The New Yorker*, D.T. Max (1), publicaba en esta revista un extenso perfil que, desde su mismo título, *The unfinished* (El inacabado), anunciaba su intención de reflejar hasta qué extremo la incapacidad del autor de sacar adelante su novela inacabada y póstuma, *El rey pálido* (Mondadori), había sido determinante en su trágico desenlace. El artículo, sin embargo, llamaba poderosamente la atención por constatar cómo el autor jamás había escrito una línea acerca de sus problemas mentales y sus adicciones al alcohol y las drogas, si bien se había dedicado

profusamente a transferirlos a sus libros (referencias a fármacos, centros de rehabilitación, terapias de grupo, intentos de suicidio...). Cómo no lo vimos es una de las cuestiones que impulsó al periodista a seguir indagando en DFW hasta completar la biografía (2) *Every love story is a ghost story*, que Debate traducirá en otoño de 2013. Para D.T. Max, con quien *Esquire* se citó en una cafetería de Montclair (Nueva Jersey), el hecho de que el escritor se mantuviera lejos de Nueva York, epicentro del cotilleo literario, y de que su inventiva fuera tan portentosa en todos los aspectos que permitiera descartar lo biográfico en sus aristas más oscuras, explican el que sólo sus amigos más íntimos, su agente y su editor estuvieran al corriente de su enferme-

dad. Pese a su tono amable y a estar guiado por sus libros, *Every story...* no escatima información sobre los infiernos de DFW, con un primer intento de suicidio de muy joven, el ingreso en una clínica donde lo sometieron a electroshocks, su dependencia endémica del Nardil y del Xanax... Por sus páginas asoma un individuo que desarrolla fobia social (3), que anímicamente fluctúa entre la euforia y la desesperación, al que le incomoda terriblemente la promoción de sus libros, que prefiere hacer amigos entre los miembros de alcohólicos anónimos que en los cenáculos literarios, que detesta abandonar su perímetro geográfico de seguridad (4) y que cifra en su capacidad de conectar con los demás a través del papel (el sentido último de su existencia), una labor cuyas tácticas y alcance no cesa de cuestionarse en un bucle cargado de angustia.

D.T. Max, que coincide con los que consideran a su objeto de estudio un ejemplo de bipolaridad, destaca la relevancia de que, a su muerte, DFW no estuviera en el ojo público. Tras dos colecciones de relatos que sólo habían impactado a una minoría, las dudas generadas por la larga espera sin que aterrizara la siguiente novela colosal que recogiera el testigo de *La broma infinita* lo habían desplazado del campo de fuerzas que alimentan las más fervorosas expectativas. Su inestabilidad mental, añade, podía ser a un tiempo una bendición y una condena. "DFW era capaz de escribir un libro en tres meses porque atravesaba una fase maniaca, mientras que en una depresiva era incapaz de ver lo bueno que podía llegar a ser. Era un escritor hasta en el último poro de su ser. Si hay un solo factor determinante en su suicidio es, por lo tanto, su estancamiento con *El rey pálido*. Aunque el resto le podía ir más o menos bien, jamás podía justificar el que siguiera vivo".

EL AMIGO

Que los más sobresalientes representantes de los dos principales caminos que se le abrían a la narrativa americana

El hecho de vivir fuera del cotilleo literario de Nueva York y de que su inventiva fuera tan portentosa que permitiera descartar lo biográfico en sus aristas más oscuras, explican que sólo la gente más cercana conociera su enfermedad

en el tránsito del siglo XX al XXI –uno apegado al clasicismo de una trama pulida y al servicio de la complejidad psicológica de los personajes (Franzen), otro sustentado en la herencia posmoderna donde prima la explotación de las posibilidades formales y estructurales del texto (DFW)– fueran íntimos amigos generó una corriente de efectos mutuos, cuya repercusión tanto en la obra de cada uno como en el género de la novela algún día deberá estudiarse. Por ahora, salta a la vista que, del afecto, la rivalidad y

el debate de ideas originales, circunscrito al ámbito privado, se pasó, tras la desaparición de uno de ellos, al duelo y a la rabia del superviviente, dispuesto a compartir algunas claves de esa relación a un tiempo personal y profesional (5).

Jonathan Franzen escribió parte de su novela *Libertad* transportado por la furia que le produjo el adiós de DFW. Y decimos furia, que no dolor, porque el vínculo que los unía lo invistió del derecho a mostrar su enojo por: 1) el hecho de que escogiera suicidarse, consciente de que así crearía un revuelo a lo Kurt Cobain (6), entregándose a la pira de los fans necesitados de mitos, invitando a la apropiación –y mala interpretación– de su figura por los menos indicados para desconuelo de aquellos que lo conocieron y quisieron de verdad; y 2) el método empleado para acabar con su vida, de una crudeza y brutalidad incomprensibles al saber que su cadáver iba a ser descubierto por su esposa (7).

Al mismo tiempo, no ha habido oraciones fúnebres más hermosas que las que contienen dos de los ensayos incluidos en el último libro de Franzen, *Más afuera*. El que lo bautiza es la crónica de su visita a la isla Alejandro Selkirk en la costa continental de Chile con el propósito de recrearse en el hecho de que acogiera al naufragado que inspiró a Defoe su *Robinson Crusoe*, de avistar aves y de esparcir parte de las cenizas de DFW. Este ritual de despedida le brinda la ocasión para recapitular sobre su amistad, retratar con conmovedora hondura al difunto (sin dejar de lanzarle alguna recriminación) y censurar la santificación de su persona. En el siguiente pasaje queda codificado su signo trágico en su

NOTAS

1. Desprende un aire a predestinación el que éste tuviera sólo un año menos que Wallace y que sus iniciales guarden cierto parecido.
2. Aunque en sentido estricto el autor prefiere considerarla una 'memoir' pues, aún sin ser autobiográfica, quiso darle la inmediatez y la frescura de este género, como si DFW siguiera vivo.
3. DFW compensa su escaso don de gentes mostrándose como un gran seductor, alguien que encadena noviazgos sin descanso, lo que plantea un interrogante aún por despejar: ¿la erótica del genio podía por sí sola contrarrestar los inmensos obstáculos de una personalidad tan ciclotímica?
4. D.T. Max sostiene que seguramente fue el autor menos viajado de su generación. De hecho, sólo visitó Europa por trabajo en una ocasión, para asistir a un festival literario en Capri. Circula un impagable vídeo en YouTube –uno de los contados documentos visuales con su persona– en los que bromea con la audiencia acerca de sus infructuosos intentos por comunicarse con sus anfitriones italianos [para encontrarlo hay que buscar 'Le Conversazioni 2006 David Foster Wallace'].

resistencia a sentirse merecedor del cariño ajeno: “Se hacía querer como un niño, y era capaz de devolver el amor con una pureza infantil. Si, a pesar de eso, el amor está excluido de su obra es porque nunca se sintió merecedor de recibirlo. Fue un prisionero a perpetuidad en la isla de sí mismo. Lo que de lejos parecían suaves contornos eran en realidad acantilados cortados a pico. A veces sólo una pequeña parte de él estaba loca, a veces casi todo él, pero, como adulto, nunca estuvo del todo no loco. Lo que había visto de su Ello mientras intentaba fugarse de la prisión de su isla mediante drogas y alcohol, sólo para verse aún más apesadado por la adicción, al parecer nunca dejó de socavar su fe en su ‘queribilidad’. Incluso después de desintoxicarse, incluso décadas más tarde de su intento de suicidarse a finales de la adolescencia, incluso tras su lenta y heroica construcción de una vida para sí mismo, se sentía indigno. Y a la larga ese sentimiento se entrelazó, al punto de ser indistinguible, con la idea del suicidio, la única escapatoria segura de su prisión; más segura que la adicción, más segura que la ficción, más segura, al final, que el amor”.

La pieza *David Foster Wallace*, por su parte, recoge el breve discurso que pronunció Franzen durante su funeral, electrificado de sensibilidad pero también extremadamente agudo a la hora de vincular la felicidad que le procuraba escribir con la necesidad de control derivada de su carácter quebradizo. En este sentido apunta que “en ninguna otra parte fue Dave más absoluta y magníficamente capaz de mantener el control que en su lenguaje escrito. Poseía un virtuosismo retórico más extenso, apasionante e imaginativo que el de cualquier otro escritor vivo. Allá en la palabra número 70 o 100 o 140 de una frase, ya bien entrado un párrafo de tres páginas de humor macabro o de autoconciencia extraordinariamente reticulada, uno olía el ozono de la tersa precisión de su estructura sintáctica, su desplazamiento sin esfuerzo y tonalmente perfecto entre niveles de dicción alta, baja, media, técnica, moderna, tecnológica, filosófica, vernácula,

vodevilesca, exhortatoria, achulada, desconsolada, lírica. Esas frases y páginas, cuando era capaz de producirlas, constituían para él un hogar verdadero, seguro y feliz como cuantos tuvo durante la mayor parte de los veinte años de nuestra relación” (8).

LOS ENTREVISTADORES

Si D.T. Max reconstruye la línea vital y Franzen comparte al amigo, lo que hacen las entrevistas es dar la voz al propio DFW, lo que, por encima de todo, facilita un acceso en primera persona a los motores que impulsan a éste a escribir, a los propósitos, metodología, técnicas e influencias detrás de su obra, a su respuesta a la celebridad que le reporta, etc. A su vez, al leerlas a la luz de los testimonios de aquellos se crea una cara B que permite detectar cuánto tenía de juego de ocultación y de diseminación de pistas falsas. *Conversaciones con David Foster Wallace* recoge una veintena de piezas periodísticas, en su mayoría entrevistas, en las que, pese a su ejecución siempre forzosamente, el protagonista, entre muchas otras cosas, pone su labia y su extraordinaria capacidad reflexiva para expurgar de malentendidos su

obra. DFW se considera un escritor realista (es el mundo el que ha dejado de ser real y el desafío es captarlo así sin artificios), y abomina de los que ven en su obra un despliegue de pirotecnia formal deliberadamente hermética. DFW busca conectar con el lector y mostrarle una salida del aislamiento emocional que planea sobre todos nosotros. DFW asegura llevar muy mal el envanecimiento que procura el éxito, detectar que a veces incurre en una prosa autoindulgente para sentirse querido por los motivos equivocados. En una de las últimas entrevistas, fechada en 2004, condensa gran parte de las preocupaciones que lo paralizan frente a la página en blanco: “Quieres que tu trabajo le resulte actual y fresco a la

gente, quieres que a la gente le guste, aunque muchísimo de lo que pasa por ser fresco y actual está ahora fuertemente guiado por cuestiones comerciales. Y parte de ello es arte significativo (...) Si hay algo de lo que hablar es de ese extraño conflicto entre lo que mi novia llama ‘savia interior’ –la parte de nosotros que llora sin reservas ante las cosas– y la parte que ha de vivir en un mundo de personas brillantes, hastiadas y sofisticadas y que quiere a toda costa ser tomada en serio por esa gente. No sé si la ironía nos tiraniza, pero las modas, que son tan fáciles de criticar aunque son tan increíblemente poderosas y parecen tan auténticas cuando estamos inmersos en ellas, nos tiranizan (...) Aunque cuando estoy sentado en una habitación iluminada y silenciosa en realidad pienso: ‘¿Me da esto ganas de vomitar? ¿Parece verdadero? ¿Es esto lo que diría esta persona?’. Preocupaciones tontas y prácticas”.

A través de la mirada de los periodistas en estas conversaciones también se perfila alguien muy alejado de la idea de un genio atormentado, un intelectual refinado o un misántropo, un individuo más bien chistoso y escasamente preocupado por su imagen (indumentaria de mercadillo, aficionado a mascar tabaco, amante de la comida basura) que parece adorar a sus perros por encima de todo. La venganza de DFW hacia sus interlocutores radica en una manipulación definida por la espontaneidad, echando sutilmente pelotas fuera o mintiendo al abordar espinosas cuestiones de carácter personal (9).

ÉL

Mientras el duelo por el escritor perdura, brotan testimonios que desvelan su historia oculta y su leyenda comienza a agrandarse o encogerse (sólo el tiempo lo dirá), la obra de DFW, que es al final lo que de verdad importa, sigue girando y girando a través de sus inagotables *riffs* de

conciencia y sus bucles de pensamiento. Así, se traduce por primera vez al español su ópera prima, *La escoba del sistema* (Pálido Fuego), escrita a los 23 años de forma casi accidental y sin ninguna experiencia previa como parte de su tesis de graduación para el Amherst College. Una novela circense, irreverente, desmelenada y picaresca donde confluye un agente telefónico que cuestiona su realidad, psiquiatras corruptos y jubilados desaparecidos. La obra fue inspirada por un comentario de una de sus novias, según el cual preferiría ser un personaje en una obra de ficción que una persona real, lo que condujo a DFW a pensar qué diferencia habría entre ambas opciones (10); lo apartó del camino de la filosofía y de las matemáticas, la senda paterna, y demostró su ánimo juguetón desde su mismo título, que para todo el mundo recogía un precepto de Ludwig Wittgenstein, cuando en realidad partía del apelativo con el que la abuela del escritor se refería a la verdura y la fruta dadas sus propiedades depurativas para el organismo.

Por otro lado, en el mercado anglosajón ha aparecido su colección póstuma de ensayos, *Both flesh and not*, en los que lanzó su inconmensurable galaxia de conexiones neuronales sobre temas como Roger Federer, *Terminator 2* o Jorge Luis Borges, y se detuvo con un entusiasmo feroz en aquellos términos que prácticamente todos los mortales empleaban de forma recurrente en un sentido equivocado. Ya no fue posible que cumpliera con el último encargo que le hizo una revista, algo que le ilusionaba: escribir acerca de la retórica de Barack Obama. Por aquel entonces apenas tenía fuerzas para apuntar alguna cosa suelta en el diario que había comenzado a llevar cuando su enfermedad cruzó la línea de sombra. En su entrada final, que posiblemente fue lo último que escribió junto con su nota de suicidio, se recordaba que debía ayudar a su mujer con las bolsas del supermercado cuando regresara a casa del trabajo. †

NOTAS

5. Una apertura del corazón que no deja de provocar sorpresa en un autor que ha hecho de la defensa de su privacidad uno de sus caballos de batalla, siendo ejemplos de ellos el ensayo *Cómo estar solos* y su publicitado encontronazo con la presentadora de televisión Oprah Winfrey.

6. Los temores de Franzen no carecían de fundamento dado que su amigo contaba con un club de fans, The Howling Fantods, bautizados a partir de una expresión empleada en *La broma infinita*, con fama de ser muy obsesivos (desde 1997 consagran una web a su ídolo bajo idéntico nombre). No fueron pocos los miembros de la misma que se tatuaron alguna alusión al autor o a su obra. En otro orden de cosas, Franzen y Wallace comparten el honor de haber sido de los contados escritores de su generación en aparecer en un capítulo de *Los Simpson*.

7. En este punto tan morbosamente difiere D.T. Max, quien, por otro lado, se nutrió abundantemente de la correspondencia entre Franzen y DFW para escribir su obra. En su opinión, el escritor se ahorcó para ahorrarle a su mujer la angustia de tener que buscarle por todos los hospitales de la ciudad, tal y como había ocurrido en su primer intento de darse muerte en 2008, cuando se encerró en un motel y se tomó un frasco de pastillas. La nota de suicidio le llegó a su esposa unos días después por correo. La segunda y definitiva constaba de dos páginas.

8. Otra disección magistral de la prosa de DFW a cargo de una estrella literaria que también cultivó una profunda amistad con él la puede hallar el lector en el ensayo de Zadie Smith *Entrevistas breves con hombres repulsivos: los obsequios difíciles de David Foster Wallace*, contenido en el libro *Cambiar de idea* (Salamandra). Sólo un botón: “Quizá era fácil, al leer a Wallace, desconfiar de ‘la intención que se esconde detrás del texto’. ¿De verdad quería hacer un obsequio? ¿O sólo pretendía demostrar su propio don? Porque, ¿cómo puede pretenderse que descifremos las referencias a De Chirico y la logoterapia, o que sepamos qué ocurre durante un eclipse, o qué hace la polimerasa, o las distintas acepciones de la palabra ‘prono’?”.

9. Resulta enternecedor, sin embargo, la ingenuidad y la franqueza de DFW en sus primeras entrevistas, hasta el punto de que un periodista debe advertirle sobre qué puede y qué no puede contar. Esta advertencia, unida a la mala experiencia de ver cómo un periodista de *The New York Times Magazine* publicaba el contenido del armario de medicinas de su casa, le revistió de una coraza protectora que explica en parte hasta qué extremos llegó a blindar su intimidad.

10. Llama la atención el modo en que Wallace prefiguró con dos décadas de antelación el tema del personaje de ficción que se cree un individuo real, desarrollado en películas americanas como *Más extraño que la ficción* o *Ruby Sparks*.